

ESBOZO DE UNA PSICOLOGÍA GENEALÓGICA (INDIVIDUO Y CULTURA)

Edgar Orlando Arroyave, Mg.*

Recibido: Marzo 17 de 2010 - Aceptado: Abril 14 de 2010

Resumen

El presente artículo es un ensayo. Hace una revisión epistemológica de la psicología, proponiéndola como un proyecto científico, como una teoría “popular” y como una curiosidad por la subjetividad humana. Esa revisión tiene como fin una aproximación a la formulación de una psicología fundamentada en el proyecto genealógico de Foucault, en tanto pueda cuestionar los modelos autorreferenciales con el fin de evitar su cristalización como realidades inmodificables.

Palabras clave

Psicología, epistemología, modelo teórico, genealogía, poder.

Abstract

This article is an essay. It presents an epistemological review of the psychology as a scientific project, as a “popular” theory and a curiosity about the subjective processes. This review is aimed at a psychological approach based on Foucault’s genealogical project, which aim is to question personal models in order to prevent its crystallization as unchangeable realities.

Key words

Psychology, epistemology, theoretical model, genealogy, power

* Docente Universidad de Antioquia, adscrito al Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Uno transmite un imposible: la experiencia. Pero quizá lo importante es que uno contribuye, aunque modestamente, a inventar nuevas experiencias; esto es, nuevas formas de percibir la existencia propia, la de los otros y la de la cultura. En otras palabras, uno contribuye a producir efectos de poder. Esto último lo abordaré al final; por ahora quiero jugar a la conjetura o a la especulación de construir una psicología genealógica. No olvidaré señalar algunos de sus peligros; su, en apariencia, imposibilidad práctica, así como algunos de sus límites.

Quizá sea pertinente esclarecer, primero, como incitación al debate, qué entendemos por psicología, antes de postular los esbozos de una “psicología genealógica”.

No quiero marcar la historia de un concepto o recurrir a su etimología, sino indicar algunas nociones de lo que es la psicología hoy. Primeramente, la concebimos como una disciplina científica, muchas veces incierta, pero que ha alcanzado una fuerza conceptual y política de gran relevancia social. La psicología, como disciplina científica, se ha metamorfoseado desde el libro, un tanto esquemático, de Skinner (1971) y su *Más allá de la dignidad y la libertad*, hasta teorías de gran importancia explicativa, como los últimos debates de la ciencia cognitiva, que no excluyen la herencia cultural (es decir, autores como Pinker, Nicholas Humphrey y Steven Mithen, entre otros, quienes han logrado conjeturar el funcionamiento de ciertos procesos de la mente desde la perspectiva de la evolución darwinista).

En esta disciplina, persiste con un éxito sorprendente un neopositivismo que consiste en un metodologismo cuantitativo y que se toma a sí mismo como el paradigma de la científicidad. Las psicologías que se autonombran como experimentales serían las formas más radicales de ese instrumentalismo riguroso.

Hay, a su vez, en el marco de la epistemología de la psicología una corriente más difusa que engloba Mario Bunge (1988) con la expresión “psicología del hombre de la calle” (la psicología humanista, la psicología dinámica, la psicología cognitiva como terapia y, por supuesto, el psicoanálisis, serían para Bunge representantes de una psicología popular).

Así como existe un radicalismo de científicidad en la psicología nombrada como científica, el psicoanálisis ha asumido que es la única disciplina (con aspiración de ciencia, a pesar de sus parodias y rechazos a la ciencia) que aborda con rigor la subjetividad.

Sin embargo, la psicología no es sólo una disciplina científica —de quizá inútiles eficacias cuantificables o laberintos de símbolos enfrentados a dilemas incestuosos y parricidas—; la psicología es a su vez una profesión o, para utilizar las palabras habituales, una “práctica profesional”.

Una “práctica profesional” que se agota en el “bien hacer”. Los objetivos en esta práctica, suelen ser más claros que los propios de la epistemología de la psicología. La universidad ofrecería las condiciones para apropiarse de unos conocimientos y unas técnicas (incluso se propone una actitud) para luego ser aplicados a un individuo o un colectivo de acuerdo con los intereses de uno y otro.

La tercera concepción, aunque podríamos vacilar en llamar tercera concepción, es la psicología como una palabra que engloba una experiencia que podemos llamar subjetiva, y denominarla curiosidad —con sus respectivas conjeturas— por las intenciones, las motivaciones, las imágenes y las reacciones comportamentales y subjetivas de los otros y las propias.

Una curiosidad por las experiencias de los otros y la propia, más allá quizá de una psicología como campo científico, o profesional, o gremial, que utiliza conceptos como comportamiento y las cogniciones-emociones, con sus respectivos elementos inconscientes, etc. Ese saber sobre los otros, y un poco menos sobre sí, quizá puede encontrarse no sólo en los individuos de las grandes ciudades o en pequeñas tribus chamánicas sino, también, para que no nos olvidemos de nuestra parentela, en las reacciones de algunos chimpancés, o quizá de todos los mamíferos.

En otras palabras, el psicólogo es el nombre genérico del individuo humano que siente una curiosidad de aprender de las experiencias de los otros y de sí mismo. Podemos tomar esto como una estrategia esencial de supervivencia. La psicología así entendida es una experiencia (que algunos denominan subjetiva), no sólo un instrumento técnico, científico o profesional, de efectos sociales, en la que los hombres somos partícipes interesados, conjeturando respuestas parciales sobre los otros y, con mayor torpeza quizá, sobre nosotros mismos. Algunos aman el alejamiento, la distancia con el otro. Mas otros aguzan o refinan esa habilidad. Si he de ser franco, no creo que la universidad contribuya muchas veces a potenciar esa habilidad, a lo sumo la adoctrina e instrumentaliza sin más pretensión. Lo que no significa que no se produzcan efectos de poder.

Ya estamos nuevamente en las relaciones de poder. Subrayemos, por el momento, ese efecto que produce en nosotros el encuentro con un saber, un dolor, una doctrina, una tiranía...

Sin querer, nos hemos extendido demasiado, cuando lo que prometimos, sin poderlo cumplir todavía, eran unas líneas puntuales sobre qué entendíamos por psicología. Pasemos entonces a la genealogía, sin olvidar por el momento que la genealogía —a continuación indicaré qué es— se puede aplicar a cada una de estas tres concepciones de la psicología (disciplina científica, profesión y saber colectivo e individual).

¿Y qué entendemos entonces por genealogía? Primero debemos señalar nuestra elección. La genealogía puede ser nietzscheana, deleuziana, incluso freudiana, si potenciamos principalmente su

poder crítico —y autocrítico— y examinamos los atavismos propios del biopoder que sobreviven en el psicoanálisis. Nosotros hemos tomado para esta charla, la genealogía foucaultiana que tiene como musa o inspiración a la genealogía nietzscheana.

En primer término, podemos tomar la genealogía como un método o un arma crítica de combate. Como instrumento de indagación recurre a la historia (fragmentada, risueña, no exenta de rigor) para minar nuestros hábitos de pensamiento; nuestras aspiraciones a un monoteísmo.¹

No basta tener estos conocimientos histórico-críticos de su disciplina, y luchar contra el monoteísmo cultural y subjetivo; se requiere, asimismo, de un objetivo que nombraremos como “efecto de poder”.

El ensayo de Michel Foucault (1993), “Nietzsche, la genealogía, la historia”, propone un objetivo para esta genealogía foucaultiana, guerra contra la metafísica (quizá empresa siempre inútil).² El genealogista tiene una tarea: disolver nuestras aspiraciones metafísicas, propias y ajenas. El genealogista arroja la sospecha a esa verdad inalterada y firme apoyándose en la historia; conjura la ilusión de una verdad permanente. En palabras suyas: “El genealogista necesita de la historia para conjurar la quimera del origen, un poco como el buen filósofo tiene necesidad del médico para conjurar la sombra del alma.” (Foucault, 1993, p. 11).

La historia en su devenir no es la confirmación de una verdad última; es su destrucción; en sus furores, en sus discontinuidades, en sus verdades móviles destruye toda metafísica. La genealogía, en oposición a la historia clásica, se ocupa de los olvidos, de los pequeños olvidos; una historia minúscula y olvidada que sin embargo determina lo que somos en el presente.

Foucault, continuando la labor de Nietzsche, postula una historia de lo vital y lo menudo, ajena a la metafísica y a la continuidad sin sobresaltos, no intentando atrapar una verdad que palpita sin sombras a través de una historia presa del progreso y el continuum. La genealogía, a contramano de la historia clásica, tiene como objetivo:

[...] percibir [repérer, señalar, indicar] los accidentes, las desviaciones ínfimas [...], los errores, los fallos de apreciación [...], es descubrir que en la raíz de lo que conocemos y de lo que somos no están en absoluto la verdad ni el ser, sino la exterioridad del accidente. (Foucault, 1993, p. 13).

¹ Ocupémonos, de paso, de un solo concepto de la psicología —pero podemos tomar alma, identidad, subjetividad, sexualidad, cognición, etc. —, por ejemplo: tomemos las pruebas objetivas que miden el C.I. Su historia es contada en forma crítica por Stephen Jay Gould, biólogo estadístico (Gould, 2003). No es sólo un instrumento de medición propio de los diseñados por la ciencia para extraer algo de ese mundo; son instrumentos políticos. Su relato crítico abarca desde el “apóstol de la cuantificación”, Francis Galton, hasta el libro racista de Richard J. Herrnstein y Charles Murray (1994) *The Bell Curve* [La curva de campana].

² Lo que se expone a continuación sobre la genealogía, con algunas modificaciones, pertenece a la investigación de Orlando Arroyave (2002). La modernidad: ¿exclusión o emancipación? (El lugar de las alteridades no reconocidas en el proyecto de la modernidad). Tesis de Maestría en Filosofía Universidad de Antioquia.

Esta tarea —crítica, demoledora, si se quiere bélica— tiene como objetivo socavar la ilusión de una verdad absoluta que dormita en el seno de la historia y que sólo requiere de la luz serena de la ciencia para surgir de sus escondrijos insospechados. Tarea que no aboga por un irracionalismo, sino por “un pluralismo racional”, que muestra lo indispensable de la racionalidad, pero también los peligros intrínsecos que conlleva una racionalidad única y absoluta. La historia genealógica se opone a la “historia de anticuario”, como la nombra Nietzsche, pues no tiene como finalidad: “[...] reconstruir el centro único del que provenimos, esa primera patria donde los metafísicos nos prometen que volveremos; intenta [por el contrario] hacer aparecer todas las discontinuidades que nos atraviesan.”³ (Foucault, 1993, p. 27).

Pero esta tarea crítica no debe escamotear la vida, sacrificándola como la “vieja historia”; por la preocupación de la verdad, debe, desligándose de esta empresa fallida, tener en cuenta la articulación de la historia y el cuerpo, ya que la genealogía debe “mostrar al cuerpo impregnado [imprimé, marcado, grabado] de historia, y a la historia como destructor del cuerpo” (Foucault, 1993, p. 15).

Foucault llevará a la práctica este proyecto nietzscheano y lo aplicará a la modernidad, develando sus ilusiones metafísicas y contando sus “desviaciones”, “accidentes”, sus pequeñas historias —y aquí cabe el adjetivo— inconscientes que no nombra pero que nos determinan.

Sin esta genealogía de la moral las promesas de emancipación del espíritu moderno permanecen encadenadas, o a las verdades de la metafísica, o a la metafísica de la verdad (es decir al Logos, a la mirada única, a la jerarquía de lo irrefutable) ¿Por qué, sin ser cristianos ni platónicos, seguimos atrapados en las distinciones entre esencia y apariencia, entre culpa y redención? (Hopenhayn, 1997, p.31)

La genealogía, en breve, es una metodología (aunque preferimos nombrarla como una actitud) que interroga a la modernidad en su fe ciega por unos presupuestos que considera inamovibles, y que recupera para la modernidad (así se dirija contra sí), “el lado más crítico de la Ilustración”, como nombra Vásquez García el trabajo de este genealogista.

El genealogista aprende algo:

Que detrás de las cosas existe algo muy distinto: en absoluto su secreto esencial y sin fechas, sino el secreto de que ellas están sin esencia, o que su esencia fue construida pieza por pieza a partir de figuras que le eran extrañas. ¿La razón? Pero ésta nació de un modo perfectamente razonable, del azar. (Foucault, 1993, p. 10).

³ En *Dits et Ecrits*, p. 1022. Una versión nuestra de la cita es: “[...] ella no se propone localizar la residencia única de donde provenimos, esa primera patria donde los metafísicos nos prometen que volveremos; ella pretende hacer aparecer todas las discontinuidades que nos atraviesan”.

Pasamos entonces a la aplicación de la genealogía a la psicología. Tomemos un concepto que no es ajeno a nuestras psicologías: el de la diferenciación sexual. Thomas Laqueur (1990) ha escrito su historia:

Parece absolutamente obvio que la biología define los sexos. ¿Qué más podría significar el sexo? [...] Con inesperada conclusión de que siempre se había dispuesto de un modelo de un sexo y otro de dos sexos para quienes consideraban la diferencia, y que no había forma científica de elegir entre ellos. En realidad el primero pudo ser preferido durante la Ilustración, pero el sexo único no desapareció. De hecho, cuanto más profundizaba en los documentos históricos, menos clara resultaba la división sexual; cuanto más se forzaba al cuerpo para que sirviera como fundamento del sexo, menos sólidos resultaban los límites. El proceso alcanza con Freud su indeterminación más meridiana. (p. 11).

No examinaremos las consecuencias que puede traer para un saber y para el individuo mismo este trabajo de Laqueur; pero esa aventura de reconstruir una historia occidental de la “diferenciación sexual”⁴, es una empresa que interroga los hábitos identitarios en los que nos reflejamos, así como la forma en que solemos abordar dicha noción.

Con una psicología genealógica podemos explorar críticamente los ejes epistemológicos de la psicología: sus fundamentos filosóficos, científicos e ideológicos; la construcción y los avatares del objeto propio de la psicología (el psiquismo, la mente, etc.); la historia de sus métodos y técnicas; sus teorías y objetos conceptuales más conspicuos (sexualidad, identidad, yo, cognición, amor, etc.); sus parámetros siempre frágiles por establecer lo normal, lo anormal, lo patológico, lo sano; las consecuencias sociales y subjetivas de una profesión que engloba diversas prácticas denominadas “psicológicas”. Cada uno de estos temas ameritaría la aplicación de la genealogía a nuestro saber y a nuestro entorno.

Para Foucault la historia es un recurso: es un instrumento de develamiento a nuestras más amadas certezas, es un rompeolas en que se estrella la metafísica, disolviéndola —o en parte, creando, posiblemente, otra—. Su poder, concreto, si se quiere vital, es más fuerte que cualquier crítica abstracta, por bien fundamentada que ésta sea.

He nombrado algunas de las posibilidades de una psicología genealógica; debo nombrar sus peligros. Así entendida, la psicología genealógica puede ayudar a interrogar muchas de las concepciones propias de la psicología que parecen inamovibles, mas no debe ser ella un saber que se convierta en

⁴ La tesis central de Laqueur es simple y perturbadora: en Occidente hubo dos tiempos de la “diferenciación sexual”. El primer tiempo fue desde los griegos hasta el inicio del siglo XVIII. Según Laqueur, antes de este siglo existía un único sexo; la mujer era una variante imperfecta o trunca del sexo masculino. Con el postulado de un científico que afirmó que “una mujer es una mujer”, se inventó la mujer como alteridad, así la invención de dos sexos; se dio inicio a la época “victoriana” de la concepción de la mujer: la mujer es el otro, la alteridad radical.

juez de todas las prácticas. Sus indagaciones son puntuales y modestas. Ella misma es limitada. Es una perspectiva crítica que busca pluralizar y dinamizar nuestras concepciones aparentemente más sólidas. La psicología genealógica no propende a un conjunto de doctrinas, sino por un instrumento crítico que se apoya en referencias puntuales de la historia para interrogar nuestras certezas presentes en las que nos reconocemos. En suma, tiene consecuencias políticas, esto es, interroga tanto las prácticas de dominación como las relaciones de poder.

Dentro de la “analítica del poder”, esa doctrina móvil entre el poder y el saber, hay una inmanencia, como es enunciada por Edgar Garavito (1999): “Sin una relación de poder, las formas del saber quedarían vacías, no se verían actualizadas. Inversamente, sin las formas del saber, las fuerzas del poder serían inestables y evanescentes”. (p. 125).

Y en otro párrafo del mismo ensayo afirma el profesor Garavito:

Un saber como el de las ciencias humanas se actualiza gracias al ejercicio del poder, y a su vez el poder se estabiliza gracias al alcance del saber. [...] De esta manera, las llamadas ciencias humanas no pueden ser separadas de un humanismo político que se planteó a la vez como modelo de dominación e instancia de redención. [...] la psicología [por ejemplo] luchó desde su constitución, a comienzos del siglo XIX, por destituir los aparatos clásicos de tortura contra los alienados, buscando al mismo tiempo que fuera el propio alienado quien ejerciera la sujeción de su cuerpo y sus pasiones.⁵ (Garavito, 1999, p. 121-122)

Ese modelo con doble faz, propio de las ciencias sociales y humanas, a la vez, como “modelo de dominación e instancia de redención”, o mejor, todo saber-poder en la episteme moderna, entraña prácticas de dominación y también prácticas de libertad. Esto es, la psicología, sea como disciplina científica, profesional o experiencia, tiene una concepción del hombre y la sociedad que no puede ser resumida en una teoría científica, práctica o subjetiva. O en otras palabras, siempre en la práctica y en la concepción de la psicología hay un horizonte normativo.

Ahora bien, al principio del artículo afirmábamos que uno modestamente contribuye a inventar nuevas experiencias, esto es, producir efectos de poder. Una psicología genealógica tiene en cuenta esos efectos de poder, no sólo como empresa social sino, ante todo, política. Una psicología de estas pretensiones puede tomar (lo que no significa que una sustituya a la otra) la forma de un decir-verdad (la parrhesía), y “provocar efectos capaces de afectar la existencia tanto de quien dice verdad como de quien la escucha [o la lee]”, Según Garavito (1999), no se debe desconocer las estrategias, pero

⁵ Aunque no es claro a que “psicología” hace referencia Garavito; pareciera tomar el “psicoanálisis” como la psicología por antonomasia. Estas nociones se aplican más bien al nacimiento de la psiquiatría moderna en Europa: el acto de Pinel, en plena efervescencia de la Revolución Francesa, en que el médico compasivo libera el loco del Gran Encierro para ofrecerle el manicomio moderno (el hospital mental); con su doble función. Su función principal será terapéutica; una “máquina de curar”. Pero, a su vez, es el *topos* en el que los “científicos de la enfermedad mental”, provocan la verdad de la ciencia sobre la locura.

lo que está en juego en el “parresiasés” es poder nombrar la verdad que implique la muerte. O sin dramatismo, un decir (que puede ser un escribir) que bordea los límites, los riesgos de mis seguridades.

Así entendida la psicología genealógica (o su posibilidad utópica) transforma a quien la emprende como tarea creadora. En palabras de Rüdiger Safranski (2004), resumiendo la concepción de acto creador de Nietzsche, ese sabio dionisiaco:

[...] la figura estentórea en la cama es el tiempo personificado, que con su muerte arroja de nuevo al individuo hacía sí mismo. No es el tiempo, sino la propia voluntad creadora la que transforma y desarrolla la persona. No podemos confiarnos al tiempo objetivo, el trabajo de configuración de la propia mismidad tiene que llevarlo a cabo uno mismo. (p. 42).

He nombrado uno de los riesgos propios de la psicología genealógica, y es que ella se tome a sí misma no como una perspectiva sino como el único punto de vista. A continuación quiero señalar el segundo: lo que Giorgio Agamben (2004) denuncia, citando a Benjamin: al “hombre contemporáneo se le ha expropiado su experiencia”. La guerra, por ejemplo, no es una experiencia: “la gente regresaba enmudecida [...] no más rica, sino más pobre en experiencias compartibles [...]” (p. 7).

Hay un anonadamiento experiencial individual y colectivo que es sofocado por prácticas de dominación. Pues aun lo que podríamos llamar el alma cultural de un pueblo, es decir, hábitos lingüísticos y representacionales en los cuales los miembros de una cultura se identifican, también se empobrece. La experiencia puede quedar atrapada en su estereotipo. Un congelamiento auto-referencial que impide asumir la experiencia de lo que somos como provisional o modificable.

La genealogía, en su modesta pretensión, contribuye a interrogar esos modelos auto-referenciales, impidiendo que se cristalicen como horizontes ontológicos inmodificables. Alienta, entonces, la posibilidad de no ser eso que se nos ha impuesto como la norma de la “experiencia”. En otras palabras, la genealogía es un instrumento crítico y epistemológico, que impide que lo que somos tenga el rostro de la metafísica. Esa sería una de las tareas propias de la psicología genealógica, o su horizonte posible, o su utopía.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (2004). *Infancia e historia*. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo
- Arroyave, O. (2002). *La modernidad: ¿exclusión o emancipación? (El lugar de las alteridades no reconocidas en el proyecto de la modernidad)*. Tesis de Maestría no publicada. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
- Bunge, M. & Ardila, R. (1988). *Filosofía de la psicología*. Barcelona, España: Ariel.
- Foucault, M. (1990). *La vida de los hombres infames*. Madrid, España: La Piqueta.
- Foucault, M. (1993). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. En: *Microfísica del poder* (3ª ed). Madrid, España: La Piqueta.
- Garavito, E. (1999). *Escritos escogidos*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- Gould, S. (2003). *La falsa medida del hombre*. Barcelona: Crítica.
- Herrnstein, J. & Murray, C. (1994). *The Bell Curve*. New York, USA: Richard Herrnstein.
- Hopenhayn, M. (1997). *Después del nihilismo, de Nietzsche a Foucault*. Barcelona, España: Andrés Bello.
- Laqueur, T. (1990). *La construcción del sexo*. Madrid, España: Cátedra.
- Safranski, R. (2004). *Nietzsche, biografía de su pensamiento* (2a ed). Barcelona, España: Tusquets.
- Skinner, B. (1977). *Más allá de la libertad y de la dignidad*. Barcelona, España: Fontanella.
- Vásquez, F. (1993). *Nuestro más actual pasado*. En: *Foucault y la Ilustración*. Murcia, España: Daimon, Revista de Filosofía, 7,